

JULIAN MARIAS Y LA "QUEJUMBRE DIFUSA"

Una amiga mía que conoce bien los Estados Unidos me dice que los estudiantes de español de la Universidad de Yale llaman al mes de mayo «el mes de Marias», porque es en mayo cuando don Julián suele dictar en Yale su curso. Este año no ha sido así, sin embargo, y el mes de Marias parece haber sido trasladado a Madrid, la ciudad en que, por los motivos que se verán, prefiere residir el filósofo. Fue en el gran salón de la Cámara de Comercio de Madrid —plaza de la Independencia— donde Julián Marias hizo oír el martes doce de mayo su autorizada palabra, dentro del ciclo de conferencias y coloquios que organiza el Centro de Estudios de los Problemas Contemporáneos, la meritoria institución liberal y trashumante, quiero decir, sin local propio, que preside el intrépido señor Gavilanes.

La primavera siempre trae en Madrid algo nuevo y este año ha traído rumores, viajes, reuniones, agresivos artículos, alguna bofetada. Y... la reaparición pública de don Julián Marias. Hay tardes que uno

los habituales de Cult-art, fueron en verdad los grandes ausentes de la velada. Por lo demás, no quedó una butaca libre en el salón escarlata de la Cámara de Comercio. Había expectación por oír al maestro, mejor dicho, al Discípulo, ya que si discípulos hay muchos, sólo hay un Discípulo, del mismo modo que no hubo más que un Maestro. En el auditorio, predominio absoluto de la nostalgia liberal, a la que don Julián procuró halagar cumplidamente. Fue al final, en el coloquio, cuando se hicieron notar sobre todo las ausencias, pues tan sólo un señor portugués osó pronunciar la palabra «tercer mundo» (que, por cierto, fue mal acogida en la tribuna), y un estudiante, que debía andar algo desorientado, se atrevió a lanzar al rostro de don Julián el manoseado apellido de Marcuse. No hubo más. Señores y señoras, trasto caduco y entrañable de aquellos «ustedes y ustedes» de los buenos tiempos, llenaban mayoritariamente la sala y miraban, con asombro y un no sé qué de divertida repugnancia, a las escasas barbas o



MARIAS: "Hay que sacar el logaritmo de cada español y de cada española".

puede justamente considerar perdidas. La del martes, no. Todo lo contrario. En la confusión reinante, con los rumores, viajes, reuniones, agresivos artículos y alguna bofetada; en la inquietud suscitada por la invasión americana de Camboya, que muy pocos días antes de la conferencia de Marias había congresado a doscientos mil estudiantes ante la Casa Blanca, la disertación de don Julián Marias fue como un bálsamo reconfortante. A la misma hora, las ocho de la tarde, se suspendió en Cult-art un coloquio sobre sociología crítica. Los frustrados asistentes a la reunión no tenían manera de llegar a tiempo para recibir la inyección de sano optimismo que el pensador impartió a su distinguida concurrencia sobre el tema de «La década de los setenta». Ellos,

melenas, a los contados jerseys que desentonaban aquí y allá entre los caballeros encorbatados y las damas con su abrigo de entretiempo y algún collar de perlas. No era el lujo de las inolvidables tardes de don Xavier Zubiri —a ver si nos entendemos—, cuando la Sociedad de Estudios y Publicaciones del marqués de Bolarque ponía este mismo salón incandescente de pedrería y de martas cibelinas (sobre la esencia). No, no. Era todo mucho más modesto, más llano y liberal. El mismo Marias lo había expresado en uno de sus libros: «La justificación máxima del liberalismo es que responde a lo que el hombre es cuando no dimite de sí propio». Y añadía: «Cuando no acepta ninguna forma de deshombrecimiento».

Comenzó el señor Marias su brillante conferencia diciendo que algún tiempo antes había escrito un artículo que, parafraseando humorísticamente a Leibnitz, tituló «El peor de los mundos posibles», y en el que trataba de caracterizar y definir el cuarto de siglo transcurrido entre 1945 y 1969. Comparó los enormes problemas y cuestiones pendientes que se planteaban al hombre del cuarto de siglo anterior y mostró su asombro al comprobar que existiera entre ciertos sectores de las jóvenes generaciones un deseo de cambiarlo todo, una «conciencia de que casi nada merece conservarse». Las minorías intelectuales hacen una crítica radical de la sociedad en que les ha tocado vivir. Este mundo, incomparablemente más llevadero que el de la época anterior, es para ellos «el peor de los mundos posibles». Se trata, claro está, de minorías, de grupos reducidos, pero oímos —y aquí don Julián dio el primero de los grandes golpes de la noche— «una quejumbre difusa». El filósofo subrayó la generosidad con que el último cuarto de siglo ha obsequiado a los humanos. Analizó las grandes conquistas de la ciencia y la técnica, el rápido proceso de descolonización, los avances en materia de libertad religiosa, la virtual desaparición de la pobreza. Se preguntó cuáles son las posibilidades de la década de los setenta, pero advirtió: «No soy profeta ni hijo de profeta. La condición humana, sin embargo, es la futurización. De la misma manera que se dice de un hombre propenso a enamorarse que es "enamorado", decimos que el hombre es, por definición, "futurizo". Aun absteniéndose de profetizar, don Julián pisó la línea de la futurología cuando dijo: «Tenemos ante nosotros un exceso de posibilidades. Tenemos más recursos que deseos». Y añadió, con su peculiar desdén por la estadística: «La amenaza que se cierne sobre la mayor parte de la Humanidad no es la escasez ni el hambre, sino... el aburrimiento» (murmullos de aprobación). Explicó entonces en un paréntesis que «contra toda razón» había decidido vivir en España, a pesar de que todo parecía desaconsejarlo. «España no es aburrida» y «entre rabiar y aburrirme prefiero rabiar» (aplausos) (aunque «salgo de cuando en cuando para oxigenarme»). Salpicaba Julián Marias su discurso con deliciosas muestras de su «temple» liberal, de su innegable finura de raíz castellana. Así cuando dijo: «Hoy nadie se atreve a decir que no es demócrata. A lo más le buscan un adjetivo a la palabra democracia y hablan de democracia popular... orgánica...». O bien: «El 3 de septiembre de 1939, un diario de Madrid titulaba así la noticia del estallido de la guerra mundial: "Polonia ataca a Alemania"». Afirmó que España y los españoles no son lo que se dice que son, ni tampoco lo contrario de lo que se dice que son. «Lo más revolucionario sería tratar de de-

terminar lo que España es» y «hay que sacar el logaritmo de cada español y de cada española» (el general García Valiño, que estaba sentado en la presidencia, hizo un gesto como de quien no ha oído bien la frase). Pero el segundo golpe de la noche se produjo en el momento en que el orador repitió el insigne razonamiento que esgrimiera el Maestro en la ya lejana conferencia del cine Barceló, cuando sacó la manzana y la mostró al público estupefacto. Luis Martín Santos contó en «Tiempo de silencio» la memorable escena, que terminaba:

«Lo que ocurre (pausa) es que ustedes y yo (gran pausa) la vemos con distinta perspectiva (tableau)».

Julián Marias no traía, la otra tarde, manzana. Señaló la mesa que tenía ante sí y dijo con bastante menos prosopopeya: «Ustedes ven la mesa de una manera y yo de otra, pero la mesa es lo que ustedes ven y lo que yo veo». La conjunción adquirió, en la voz del filósofo, todos sus matices de insospechadas posibilidades democráticas. Su talento plástico entusiasmó al público: «Si se me apareciera un ángel y me ofreciera organizar España a mi gusto, le diría: no, gracias. Lo que quieren los españoles no es, tal vez, lo que yo quiero», añadió. Faltaba, sin embargo, el último golpe y don Julián lo dio. Ponderó de nuevo las grandes conquistas de este cuarto de siglo y denunció lo que dio en llamar «el sistema de la provocación». La libertad religiosa conseguida, los grandes avances científicos, la progresiva extensión de la riqueza podrían derrumbarse si la quejumbre difusa, convertida en provocación, sacara de quicio a las fuerzas reaccionarias, a las fuerzas conservadoras, dando lugar a una reacción contra esos logros. Dijo que existen en el mundo grupos tendenciosos que afirman que no hay libertad en países donde don Julián cree que la hay. ¿Se refería a los Estados Unidos? Tal vez. En el coloquio se vio que aunque Marias desca de todo corazón la retirada de los americanos del Vietnam, porque considera que esa guerra es «un tremendo error», sin embargo, la retirada tendría «muy graves consecuencias». A esta táctica de declarar que no hay libertad en los países en donde la hay la llamó Marias «la falacia de la negación de la libertad». Contra esta falacia debemos precavernos, so pena de correr grandes peligros.

Pero don Julián no terminó así su discurso. Es orador y sabe poner la guinda a sus intervenciones. Ante su público, terminó con un período afortunado: «Hablamos de la década de los setenta. Pero esta década no ha comenzado aún. Comenzará el uno de enero del próximo año y se anuncia llena de esperanzas, si no las destruimos con la provocación. Además, la Historia no afina tanto. La década de los setenta puede empezar dos años antes o dos años después. Después de treinta años, tener prisa, ¿tiene sentido?»

Apoteosis. ■ LUIS CARANDELL.